

Un regalo de los dioses

1.ª edición: septiembre de 2026

2.ª edición: octubre de 2026

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Del texto, Nazareth Castellanos y Antonio Basanta, 2026

Diseño gráfico Gloria Gauger

© Ediciones Siruela, S. A., 2026

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 979-13-88289-08-8

Depósito legal: M-13.712-2026

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Nazareth Castellanos
y Antonio Basanta

UN REGALO
DE LOS DIOSES

Neurociencia de la lectura

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 96 (serie menor)

Índice

Introducción 11

UN REGALO DE LOS DIOSES 27

A modo de colofón 147

Nota a la edición 149

Notas 153

Bibliografía 163

*Para Alba y Gala,
herederas de un hilo con el que tejerán
un próspero mañana*

NAZARETH CASTELLANOS

*Para Daniela, Álvaro, Lara, Diego y Elisa,
mis cinco puntos cardinales*

ANTONIO BASANTA

Introducción

Vivir es siempre un viaje a lo desconocido. Abandonar el refugio, el cobijo que nos resguarda, para lanzarnos a una aventura donde no hay más certeza que la incertidumbre.

Así ocurre cuando dejamos el seno materno para entrar, vulnerables e indefensos, de lleno en la vida. Y así nos sucedió como especie el día que, hace más de 100 000 años, salimos del entorno que nos había defendido durante tanto tiempo, que por cotidiano nos ofrecía al menos la seguridad de lo conocido, para emprender un viaje sin rumbo que nos convirtió ya para siempre en nómadas, migrantes.

¿Y qué nos llevó a aquella decisión? ¿Qué nos impulsó a semejante odisea, aún más heroica y arriesgada que la que alimenta el mito clásico? Tal vez un cambio progresivo del entorno, una repentina mudanza climática. O la

escasez inesperada de alimentos. O el acoso de tal o cual amenaza, convertida en inquietante realidad. No podemos saberlo.

Y cuando no nos es posible hallar las respuestas en lo comprobado, en lo sabido, es cuando acudimos a la perspicacia emocional e imaginativa, a la fértil intuición. Por eso nos seduce también pensar que la razón de semejante atrevimiento pudo ser la innata curiosidad del ser humano, antesala de la exploración, del descubrimiento. Ese impulso inicial, residente a perpetuidad en nuestro cerebro, que nos dispone a trascender lo aparente para acceder a un nuevo universo lleno de preguntas que encienden a su vez nuevos cuestionamientos.

La curiosidad nos empuja a movernos. Ese apetito por lo nuevo nace de la interacción de diferentes áreas cerebrales que fusionan la incertidumbre del viaje y el placer de llegar a puerto. Comenzamos la travesía con tensión, un malestar biológico que nos invita a buscar rutas desconocidas. Es la alerta receptiva, la sed del cerebro por encontrar nuevos conocimientos y experiencias.

Así nace la curiosidad y lo hace en la corteza prefrontal, que regula la atención, el pensamiento abstracto y sortea por un momento

el riesgo de no encontrar nada. Desde allí volvemos a ser peregrinos, buscadores, al fin y al cabo. No nos guía la ilusión, sino lo ilusionante del camino.

Pero no siempre se encuentra lo buscado, y la frustración se traduce en una alteración de la bioquímica del cerebro. La adrenalina prepara la respuesta reactiva del cuerpo, tensando los músculos y acelerando el corazón. La activación de la amígdala nos incita a escapar. Unas veces se avanza y otras se huye hacia delante, y aunque dudemos, con razón, ningún camino es en balde. La curiosidad siempre obtiene algo, siempre se aprende, aunque sea a costa de lágrimas y no sepamos qué hemos aprendido. Sin embargo, cuando la curiosidad se ve satisfecha, el área tegmental ventral, que forma parte de los sistemas de recompensa, libera dopamina y la sensación de triunfo inunda nuestras neuronas.

La curiosidad es el motor de la ciencia y el humanismo, que son, o deberían ser, campos de conexión inmediata, sinónimos inseparables, pues a ambos les une idéntica pasión por el saber. Y, sobre todo, la misma pasión por acercarse a la verdad que, como la inteligencia,¹ es un singular con vocación de plural.

Dejar lo conocido por lo ignorado es ejercicio de riesgo, aunque solo así se crea y se innova. Y aquel éxodo de nuestro particular paraíso suponía afrontar dificultades y peligros extremos. Como especie, la naturaleza no nos dotó de la fortaleza, la agilidad o la velocidad de tantos otros. Nos hizo criaturas de intemperie. Pero sí nos concedió la insólita habilidad de extraer de cada experiencia, de cada desafío, de cada encrucijada, un aprendizaje capaz de nutrir y enriquecer la inteligencia, individual y colectiva. Y eso fue posible porque nos hizo genuinamente lectores mucho antes incluso de que apareciera el lenguaje verbal. Somos lectores porque somos humanos. Pero, sobre todo, somos humanos porque somos lectores.

Primero fuimos lectores de lo que nos rodeaba y aprendimos a leer que después del rayo viene el trueno y luego, por lo general, la deseada o temida lluvia. Leímos los ciclos naturales de la tierra, la danza cósmica de los astros..., al tiempo que nos hacíamos también expertos lectores de nuestro mundo interior, capaces de reconocer el palpito de las emociones, la magia de los sueños, el aliento del deseo o el desamparo de la frustración.

Del mismo modo, aprendimos a descifrar a los demás. En sus expresiones faciales —la mirada, las cejas, el gesto de la boca— reconocimos al instante la alegría, el miedo, la ira o la sorpresa; es decir, nuestras respuestas emocionales primarias. Y en sus manos y las nuestras, leímos el valor de una caricia, de un beso, de un abrazo..., o tejimos con ellas un código múltiple de señales para demostrar precisión, entusiasmo, aprobación, impaciencia, deseos de fortuna. El cuerpo se convirtió en el primer abecedario.

Aprendemos a leer al otro, así como a valorarlo, desde pequeños. No se puede leer sin interpretar. En 2007, el equipo de la investigadora Kiley Hamlin realizó un revelador experimento con bebés de diez meses.² Les presentaron una función con dos marionetas: una actuaba de forma cooperativa y la otra mostraba un comportamiento hostil. Al finalizar, la mayoría de los bebés extendió la mano hacia el personaje cooperador, demostrando una preferencia innata por las conductas prosociales.

Aunque la naturaleza innata de la moral está en duda, el experimento demostraba que es imposible no leer al otro. Hoy sabemos que el cuerpo, inevitablemente, comunica, y lo hace a través del corazón y del cerebro principalmente. Atender al

otro es incorporarlo porque, de forma involuntaria, ambos corazones y cerebros se acompañan.

Y algo similar sucede con el entorno. Un paseo por el bosque modifica la actividad cerebral hacia un estado de calma. Y los días de luna llena dormimos peor. Es el mecanismo biológico de la comunicación con los demás y con el mundo.

Somos fisiológicamente lectores porque el cerebro es un sistema permeable: vive en el mundo y está obligado a saber leerlo; de lo contrario no habríamos sobrevivido y evolucionado durante tantos miles de años. Es biológicamente imposible madurar sin la lectura.

Atapuerca y su Sima de los Huesos sigue aportando descubrimientos asombrosos. Es el caso, por ejemplo, del Cráneo 14, de hace 530 000 años, que pertenece a una niña que nació con gravísimas deformaciones craneales (craneosinostosis, una rara enfermedad que le causaba deformidades y retraso psicomotor). Sin embargo, lejos de ser abandonada, vivió en la comunidad los diez años que aproximadamente duró su existencia. Una ampliación del afecto que podríamos interpretar como un primer paso en la evolución del amor. Por eso su descubridora, Ana García Téllez, la llamó Benjamina, «la más querida».

Es aleccionador comprobar que el cuidado de los débiles, los enfermos, los necesitados de auxilio ha sido un rasgo distintivo de la humanidad desde su origen. Mujeres y hombres roturábamos así la senda del altruismo, de la dignidad de cada persona. Ya no imperaba la ley inmutable de la selección natural. Ya no primaba la ley del más fuerte. Frente al abandono, la solidaridad; frente al rechazo, la responsabilidad, la empatía, tan propias de lo que somos. ¿O es que acaso no es esa la condición que, con admiración y respeto, adjudicamos a las personas que calificamos de humanas? Sí, el cuidado mutuo fue esencial para nuestra supervivencia y para el fundamento de una ética que empezaba a florecer.

Necesitamos el altruismo. La profesora Kristen Monroe, de la Universidad de Irvine en California, define el altruismo como la intención de mejorar la vida común sin esperar un beneficio directo para uno mismo.³ Hay miles de ejemplos de altruismo que llevamos a cabo cada día, y hay que seguir cultivándolo porque aún queda mucho por hacer. El altruismo es una de las lecturas más importantes. Ponernos en la piel del otro es el verdadero motor del altruismo. Cuando identificamos la necesidad y la emo-

ción ajena, nuestro cerebro se activa a través de la corteza frontal y la unión temporoparietal. Es entonces cuando la corteza temporal superior toma el relevo para impulsar nuestras acciones prosociales. Al final del día, el otro es nuestro puente hacia el mundo: al tender la mano a una persona, estamos construyendo y cuidando esa comunidad humana que llamamos «nosotros».

Cuando no podemos leer, leen los demás por nosotros, nos prestan sus ojos desde el amor. Aprendemos a leer viviendo y escuchando lo que otros han leído. La lectura de los demás se incorpora a la nuestra.

En el fascinante y primitivo proceso lector, nuestro cerebro fue propiciando, conservando cada uno de los hallazgos comunicativos. Y también buscando a través del lenguaje gestual⁴ nuevos matices, cada vez más sutiles, aunque también limitados. Para avanzar era imprescindible generar un nuevo modo de comunicación que permitiera a su vez una lectura más rica y profunda. Algo realmente asombroso estaba a punto de surgir. Mente y cuerpo trabajaron al unísono. Y una característica de nuestra primitiva estructura social, heredada del reino animal, lo hizo posible.

Las últimas investigaciones de la paleoantropología han identificado el proceso de lenta configuración del aparato fonador del ser humano. Con el heredado de los primates, los sonidos emitidos no alcanzaban la diversidad que ahora tenemos. Fue necesario que la laringe se posicionara más abajo, que la lengua retrocediera en la cavidad bucal, haciéndose más corta y redondeada, que nuestro cráneo, al ritmo de la bipedestación («bípedos implumes», diría Platón) y sobre el cuerpo erguido, acompañara un mejor posicionamiento de la boca para poder emitir sonidos cada vez más complejos.

La necesaria reconfiguración, tras miles de años de cambios evolutivos, finalmente se logró. Y mucho antes en la hembra que en el varón. Porque, con mucha probabilidad, el lenguaje verbal fue una creación extraordinaria de las mujeres.

En el cosmos del cuidado, como forma y materia, orbita la comunicación, femenina hasta en el género que gramaticalmente le corresponde. Una comunicación que requería de algo más que la gestualidad aprendida hasta entonces. Y lo hizo a través del instrumento comunicativo más asombroso que jamás haya podido inventarse: la palabra.